

CEPAL/Borrador/DS/148
José Medina Echavarría
Consultor
División de Desarrollo Social
Noviembre de 1976

LAS PROPUESTAS DE UN NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL
EN PERSPECTIVA

76-11-2404

I N D I C E

	<u>Página</u>
I. VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA.....	1
Elementos de novedad.....	2
Milenarismo secularizado.....	7
La Sociología como reflexión sobre si misma de una época crítica.....	9
Reiteración de viejos problemas.....	20
II. TENDENCIAS IDEOLOGICAS DE LAS DISTINTAS PROPUESTAS.	29
Cuestiones previas.....	29
La visión cibernética.....	33
La visión burocrática-institucional.....	38
La visión política.....	43

I. VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA

Es muy posible que no me hubiera interesado expresamente por el tema constituido por las actuales y frecuentes "propuestas para un nuevo orden económico internacional" sin la sospecha de que era necesario recorrer su camino para dar quizá en su término con vacíos importantes en nuestros intereses de conocimiento. Valdría por una parte como excusa para la renuncia recordar el hecho que hace bien poco se han formulado observaciones tan perspicaces sobre el asunto en sus elementos más característicos,^{1/} que descorazona el justificado temor de incurrir en repeticiones. Sostiene en su contra la quizá débil esperanza de que un ángulo distinto de visión permita señalar sobre el mismo objeto aspectos diferentes. Ojalá que esa esperanza no se descubra al fin como un falso señuelo. Otros dos temores, al parecer contradictorios, se ofrecen también por otra parte en el comienzo de la empresa. La conciencia por un lado de que en su realización se han de tropezar y tratar diversas cuestiones que parecen quizá banales por ser del dominio público y de sobra trilladas, pero que no es posible eludir aunque se quiera suponer que lo sean, cosa por lo demás dudosa. Esas supuestas cuestiones más o menos conocidas, son por otro lado de tal diversidad y complejidad, provienen de labores científicas tan diferentes que sólo una buena inteligencia sintética, hoy excepcional, podría examinarlas a fondo. Pero todos sabemos que vivimos en una cultura de segunda - o tercera - mano y que no hay manera de escamotear sus peligros en ningún tipo de trabajo como el presente. Navegar entre lo aparentemente trivial y lo insuficientemente digerido es su destino ineluctable. Autor y lector deben preservar la conciencia del posible naufragio.

^{1/} Marshall Wolfe, The Concrete Utopias and Their Confrontation with the World of Today, mimeo, ECLA, 1976.

/Pero aunque

Pero aunque no se tratase de cosas triviales o de indomable comprensión, basta pensar en su número y volúmen para prevenirnos de una última amenaza, la de la extensión de su examen. El propósito de este escrito es el de ser por el contrario lo más conciso posible, limitándolo a unos pocos aspectos esenciales, en la medida en que lo que importa es la lógica de su articulación. A título de ejemplo dentro de un estilo necesariamente moroso, quizá conviniera meditar con cuidado sobre el sentido de la proposición contenida en los términos literales del enunciado mismo de las "propuestas" referidas acerca de un nuevo orden económico internacional. Los adjetivos nos darían ya por si mismos numerosas sorpresas, cuál es el orden "viejo" que se desea superar. No siempre encontraríamos contestación clara en los escritos objeto de este análisis. No encierra el término "internacional" la camisa de fuerza de una respuesta que puede ser contraria a los designios de la duda? Y así sucesivamente. Para evitar esa marcha demasiado lenta digamos de antemano que lo que interesa ahora es poner a esas "propuestas" en cierta perspectiva. En primer lugar, mediante el examen de los elementos de novedad y continuidad que pretenden o suponen. En segundo lugar, a través del ensayo de poner en claro la orientación ideológica de su distinto contenido concreto. Pero sacrificando siempre en todo caso la abundancia de datos al esquematismo de las ideas.

Elementos de novedad

Se ha hecho observar con acierto el carácter de compromiso combinatorio de las más de las "propuestas" de que tratamos, debido a que proceden o tienen su origen en ciertos comités o grupos de personas con diversas tendencias y diferente especialización. Pero habría de tenerse en cuenta además lo difícil que les hubiera sido sustraerse a la atmósfera intelectual de un momento histórico muy cargado de temas poderosamente incitantes. La profusión de publicaciones sobre hechos novedosos o escasamente profundizados hasta ese instante o sobre cuestiones muy candentes del mismo es de la más variada naturaleza; rigurosamente académicas unas, otras panfletarias en su intención, libros unos de rigurosa ciencia y otros maestros de la más hábil

/divulgación periodística;

divulgación periodística; análisis monográficos de unos pocos problemas al lado de empeñosos esfuerzos de síntesis de historia inmediata, de acontecimientos demasiado cercanos para concebirlos acabados. Unos y otros productos con distinto peso en la opinión pública, sensible sobre todo al impresionismo del estilo reportaje. No se trata en este instante de completar los ficheros de esa rica producción intelectual, sino de destacar las grandes perspectivas que se desprenden de su conjunto, al que no pudieron menos de someterse las mencionadas "propuestas" de nuestra atención. Tres de ellas nos importan de un modo especial. La predisposición o actitud universalista, "el punto de vista global" de acuerdo con la jerga del momento; la preocupación por el futuro, el interés por adentrarse en las oscuridades del porvenir; y la percepción de la importancia que tienen las puras relaciones de poder más allá de su campo específico. No es por otra parte paradójica sino más bien fenómeno fácil de explicar, el hecho de que la mayoría de esas publicaciones provengan de los países "centrales" y que en consecuencia tenga que buscarse a través de una u otra de sus lenguas el conocimiento indispensable de lo que atañe a los demás.

Las "propuestas" que constituyen nuestro objeto implican o declaran, aceptan directamente o rozan de modo oblicuo las tres perspectivas antes señaladas. Y en esto radican sus elementos de novedad. Siempre que se entienda lo nuevo que nos ofrecen no en un sentido absoluto, como tal inexistente, sino en virtud de haberlo impuesto como ineludible horizonte mental de muchos de los años venideros.

1) La actitud universalista o "global" era la típica del filósofo y del sociólogo clásico, pero no su patrimonio exclusivo. También el economista discurría en términos globales, tal como lo hacía expreso en su teoría del comercio internacional. Pero resultaba algo abstracto y lejano para el profano, pues la afirmada proposición del mayor rendimiento en todo caso de relativa capacidad competitiva, sólo tomaba figura de hecho evidente por sí en los círculos de interesados de los países dirigentes en sus relaciones con ultramar. Esta entidad vagorosa ha dejado de tener validez. Por el contrario la inclusión actual de los países en uno u otro de los tres mundos, implica la existencia de un todo compacto, que como tal percibe el

/ciudadano medianamente

ciudadano medianamente educado de cualquiera de ellos. La perspectiva global ha dejado de ser, por lo tanto, atributo singular de las grandes potencias, para convertirse en elemento común de la opinión pública de cualquier otro país. La historia de esa mudanza ha sido rápida, aunque pudiera narrarse en la sucesión de sus pasos sucesivos. Es en el fondo una historia de metáforas; tan pronto como una es lanzada por algún ingenio corre asimilada de inmediato por otros más. Nada puede extrañar que provenga de un país protagonista de la gran aventura científica contemporánea, la metáfora que hoy todos entienden y que los especialistas recogen como supuesto inexpreso de sus tareas, la del "Navío Espacial Tierra".

La conciencia de que vivimos en un mundo ahora encogido y fatalmente interdependiente ha dejado de ser minoritaria. Pues se apoya psicológicamente en la impresión de inmediatez que todos tienen de ese mundo gracias a los distintos medios de comunicación. Los diferentes especialistas ya no tienen por qué esforzarse en despertar y alimentar esta conciencia. Las "propuestas" que ahora nos incumben son todas por eso necesariamente globales.

2) La preocupación por el futuro, el afán de indagar lo que nos tiene reservado, tampoco es ciertamente nada nuevo. Representado en el mito de la lucha del hombre con el escurridizo Proteo, fue encarnando luego como Profesía, más tarde en la Historia Sacra y por fin en la Filosofía de la Historia y en la Sociología, su heredera. Lo que extrañaba por el contrario, teniéndolo como síntoma inquietante, era la carencia en nuestro tiempo de una imagen de su propio futuro, de esa Utopía que siempre ha conformado la representación del presente. La idea del progreso, sostén del pasado inmediato, no ha sido sustituida por otra equivalente. Sin rechazarla tampoco de plano, su objeto, la preocupación por el futuro, reaparece con insistencia en nuestros días. Y en general el instrumento que se trata de aplicar es el más representativo de la cultura moderna, el de la ciencia misma. El término futurología se creó, tengo entendido, no hace muchos años por el profesor alemán Ossip Flechtheim mientras residía en los Estados Unidos y hoy se emplea con imprecisión abarcando los más diversos tipos de estudios referidos a la incógnita del mañana. En la intención de

su autor pretendía ser una "nueva ciencia" o forma de conocimiento, distante por igual de la ideología y la utopía. Esa pretensión no ha sido discutida a fondo, y tuvo influencia escasa sobre los círculos posteriores de los partícipes en análisis futuroológicos. Sin embargo, las objeciones fundamentales que ha tenido la futurología en su pretensión inicial y en sus realizaciones concretas más conocidas son estas dos. Primera, la imposibilidad de que exista una ciencia o conocimiento cuyo objeto, el futuro, no existe por no darse como presente. Y segunda, que no hay tampoco ninguna novedad en el planteamiento y en la elaboración de los estudios futuroológicos capaz de destacarlos con aquella pretendida originalidad de las especulaciones conocidas de la sociología clásica. Por otra parte, por el lado de la fundamentación filosófica de la posible tarea se da la paradoja de que un profesor norteamericano (W. Bell) hubiera de descubrir al cabo de muchos años lo que significó el aporte del existencialismo en una u otra de sus figuras principales - aunque sólo cite a Heidegger - para todo modo de pensar que trate de utilizar las categorías fundamentales de la temporalidad, en su caso el de una "Sociología del futuro". Sin embargo, no ha sido por estas vías filosóficas, como antes se insinuó, como fue tomando cuerpo la abundante preocupación futuroológica del momento. Pero se nos impone evitar tanto la reseña de estas direcciones como la de la fundamentación filosófica antes apuntada, que mantiene, sea dicho de paso, su plena validez.

La orientación positivista prevaleciente hoy en la investigación futuroológica se limita a señalar los dos aspectos más inquietantes del futuro para la acción humana: su indeterminación y su incertidumbre. Se trata de atenuar una u otra, pero nunca sin pasar de ahí ya que se rechaza conocer lo incognoscible. Los preocupados más que nada por el conocimiento tienen como meta limitar la incertidumbre en las fronteras de lo previsible. Los interesados en la acción y sus consecuencias, lo que más importa es reducir la indeterminación dentro asimismo de lo efectivamente hacedero. La historia de la producción futuroológica contemporánea puede situarse en uno u otro de los dos campos, a lo menos en las motivaciones declaradas. Aunque desde un punto de vista metodológico esa distinción sea puro problema: una discusión que difícilmente puede resolverse y que ahora no interesa emprender.

/Sin embargo,

Sin embargo, en sus grandes líneas esa división tiende a separar en el día de hoy a los que por un lado mueve sobre todo la indagación del futuro para preverlo hasta donde se pueda y a los que, por otra, interesa más que nada intervenir en ese futuro, modificándolo con ciertos fines. Los propensos al pensamiento especulativo continúan sin declararlo en los conocidos carriles de la Sociología y la Filosofía de la Historia. Los inclinados a la acción pragmática son, tácita o expresamente, partidarios de la planeación. Contando con algún tiempo interesaría en consecuencia tratar de mostrar de qué manera fue abriéndose paso la preocupación por el futuro en la idea de la planeación; el momento decisivo fue aquel en que se tropezó con la exigencia del largo plazo para dar sentido a los planes de menor duración. La planeación, en caso contrario, termina por ser impensable, sin las perspectivas de la larga distancia. Es sabido que en esa tensión reside su drama en la experiencia real. Cabría poder abrir de nuevo otro paréntesis para mostrar en el aspecto teórico como se muestra en la planeación misma la contraposición entre el afán cognoscitivo y las exigencias instrumentales de la acción práctica; dicho en otra forma, entre el diagnóstico y la planificación propiamente técnica.

Las actuales propuestas de un nuevo orden económico internacional, que es lo que en este instante interesa, se encuentran decididamente en el horizonte de la preocupación por el futuro dominante en nuestros días. Podrían por consiguiente examinarse de inmediato a la luz de las distinciones anteriores.

3) En la sucesiva alteración de los puntos de vista que ha obligado el esfuerzo por dominar el elusivo fenómeno del desarrollo, estudiosos de la más diversa formación han puesto cerco en los últimos años a la estructura de poder como uno de los factores más decisivos. Pero en general se trataba - como en el caso de la Sociología latinoamericana - de la configuración nacional, de una estructura cuya realidad se les daba de modo inmediato. El paso adelante en ese camino ha consistido en trascender los estrechos límites de semejante marco local - más o menos extenso - para enfrentar la configuración más amplia pero también más desnuda de esas relaciones de poder tal como se ofrecen en el campo internacional. Ha ido aumentando en efecto

/la percepción

la percepción de que los resultados del enfrentamiento en el campo internacional de los intereses y ambiciones de potencia tienen repercusiones en los distintos ámbitos locales que van más allá de las habitualmente consideradas. Y que no puede comprenderse lo que ocurre en la historia y situación de los diversos países si no se analiza a fondo el cuadro de las relaciones internacionales de poder en que se encuentran incluidos, aunque estén lejos de figurar como sus protagonistas decisivos. Tampoco se trata de un descubrimiento radical de nuestros días - muy lejos de ello - pero sí de la creciente generalización de una perspectiva de conocimiento que antes era solo común dentro de círculos restringidos de especialistas.

Las mencionadas "propuestas" o proyectos no podían esquivar tampoco esta perspectiva. Algunas la aceptan de modo expreso y directo al declarar que su tema o propósito no es otro que el de conocer la contextura de esas relaciones de poder en su actual situación, aunque además persigan al mismo tiempo otros objetivos.

En otras ocasiones el problema aparece en forma sesgada o como una declaración más o menos retórica acerca de condiciones que se dan como supuestas. Pero incluso en el caso aparentemente más distante en que solo se pretenden formular las posibilidades de "otro" desarrollo, en la medida en que las mismas traducen aspiraciones efectivas de algunos países del tercer mundo o meros programas, el antagonismo eventual en las relaciones de poder es tan hondo que no puede soslayarse, aún queriéndolo, con el mayor ingenio retórico.

Milenarismo secularizado

Toda esa corriente intelectual antes aludida que precede y acompaña a las "propuestas" de nuestra atención y que las suscita, sostiene o prolonga, es el resultado de un mismo pensamiento crítico, a pesar de su distinto contenido o precisamente por ello mismo. Conservadores y revolucionarios, motivaciones de izquierda o de derecha coinciden en señalar las tendencias críticas de la situación contemporánea. Traducen, como algunos ya han dicho, un estado de ánimo, la existencia de cierta "inquietud", que por su naturaleza confusa no impone por si misma ninguna posición intelectual o política.

/Es una

Es una inquietud o malestar de fin de siglo como la que se vivió en Europa al terminar el XIX o "va más allá"? No se tratará de una nueva forma de milenarismo? El uso de ese término en las circunstancias actuales carece de sentido riguroso; en una época secularizada como la nuestra no pueden darse sino por excepción y en pequeños círculos las expectativas y angustias religiosas del primer milenario. Sólo la presencia obsesiva del año 2000 como fecha hito en muchas discusiones futuroológicas pudiera inducir a pensar que podría tratarse de una especie de milenarismo secularizado. No faltan en efecto profetas de derrumbe y visionarios de un futuro apocalíptico, en que profecías y visiones se sustentan en el saber científico propio de nuestra cultura. Pero la más de las veces los temores que se anuncian son sólo una coactiva advertencia para que se adopten a tiempo las medidas y "soluciones" ofrecidas como remedio. No todo son temores desde luego, porque la meta futuroológica de los dos mil también ha promovido visiones no menos científicas del más ilimitado optimismo.

Sin embargo, de aceptar la presencia de un milenarismo secularizado no cabe la menor duda de que el mismo alcanzó su forma más aguda en las trompetas de juicio final hechas resonar por dos abreviadas admoniciones de círculos científicos - verdaderos "manifiestos" ambos, no obstante titularse así solo uno de ellos - que pronto lograron la fama y con ella una gran difusión.

Uno es el informe al Club de Roma, como éste insiste en declarar, conocido con el título de Los límites al crecimiento; 2/ otro es el Manifiesto para la supervivencia. 3/ Los dos presentados como resultado de la colaboración de las más variadas especialidades científicas. Ninguno de los dos surge en el vacío y fuera de todo precedente, pero su impacto fue de tal intensidad que los hace valer como símbolos del nuevo milenarismo secularizado del que se hablaba. Pues ambos son presagios de catástrofes, condicionadas

2/ D.H. Meadows, D.L. Meadows y otros, Los límites del crecimiento, Fondo de Cultura Económica. México, 1972.

3/ Manifiesto para la supervivencia. Alianza Editorial, Madrid, 1972.

sin embargo por la existencia de una voluntad capaz de impedir las, pero que al menos sirven como amenaza conminatoria frente a cualquier entrega ciega a los usos sociales vigentes. Ambos hacen de la posible llegada del desastre el nudo de un problema que no es posible eludir: sea el de un desarrollo económico indefinido en un mundo finito, sea el de una civilización que abusa de su demanda ecológica. Pero también en los dos casos se señalan, frente a otras reacciones peligrosas y falsas, la única entre las posibles: aquella que deriva del consejo científico. Sin embargo, en la atmósfera milenarista secularizada que ambos a su pesar provocan no faltan resonancias del arcaico y auténtico milenario, bien en su aguda forma religiosa, bien en la filosófica moral de una exigencia de reforma a fondo del ser humano. Junto a los remedios técnicos de carácter material brota de modo inesperado la apelación a una cura de naturaleza espiritual. Ese curioso emparejamiento ha de repetirse luego en otros escritos.

La Sociología como reflexión sobre sí misma de una época crítica.

Se ha procurado hasta ahora poner de relieve, acentuándolo incluso, el momento de novedad que aportan las "propuestas" que nos preocupan, así como las de aquellas corrientes de pensamiento que las inspiran y alimentan. Sin embargo, podría objetarse que esas novedades sólo se ofrecen en un plano superficial y con exterioridad de fachada. Porque en una capa más honda todo este pensamiento arrastra por el contrario sedimentaciones del pasado a lo largo de su cauce de continuidad, que acaba por desembocar ante muy viejos temas. En el campo de las disciplinas humanas y sociales no deja de ser sorprendente, por mostrarse en forma paradójica, el que podamos percatarnos de que las aportaciones intelectuales más significativas en los últimos años representan un movimiento restaurador. Y aquello que se restaura en el conjunto de todos esos fragmentos no es otra cosa que el sentido de la sociología como la reflexión de una época crítica sobre sí misma. Ese carácter lo tuvo la sociología clásica no obstante las diversas tendencias y formación distinta de sus fundadores, pues su tema era simplemente tratar de entender el tránsito del viejo régimen a la nueva sociedad industrial en formación, buscando la posibilidad de señalar y

/prever las

prever las consecuencias que llevaba en su seno la emergente estructura. Los pronósticos serían distintos, pero todos coincidían en descubrir un esfuerzo idéntico, el intento de reflejar la "autoconciencia" de un momento histórico de grandes transformaciones.

Hoy no se trata de una sociedad industrial en formación la que estimula los afanes intelectuales, sino al contrario de una en plena madurez, que plantea sin embargo el mismo problema: el de prever la forma que tomará su sucesora. El vago término que se adopta al hablar de una sociedad "post-industrial" sólo señala por el momento el bulto de un problema. Con su meollo se enfrentan pensadores de las varias tendencias de derecha o de izquierda, sea con ánimo de recuperación y escape, sea con el propósito opuesto de reforma y transformación. Pero lo significativo es que cualquiera de los escritos que tienen ese problema como su objeto, son todos quiéranlo o no igualmente partícipes en la meditación sobre sí misma de otra época extremadamente crítica. Siendo indiferente para el caso que las reflexiones provengan de economistas, de sociólogos o de cualquier otro estudioso de las ciencias sociales, cuando no derivan como es frecuente de naturalistas, tecnólogos y arquitectos.

La referencia a la sociología por su carácter sintético permite precisamente captar la mudanza apuntada en sus rasgos más escuetos. Pues importa recordar a título ilustrativo que el imperio del funcionalismo como pensar académico por más de dos décadas coincide no por casualidad con el apaciguamiento de la reflexión crítica durante los momentos de aparente equilibrio y tranquilidad que produjo la estabilidad forzada de la guerra fría. Esto que han dicho ya algunos intelectuales de la "nueva izquierda", no deja de ser igualmente percibido por los de orientación más conservadora. Ahora la tendencia crítica reaparece, justo en la "detente", con la fuerza y hondura que tuvo en la década de los veinte, aunque por el valor de su producción intelectual no sea comparable con la alcanzada por aquellos días y pueda encontrarse con distintos apellidos, según grupos, escuelas y países. La conciencia de la crisis abarca ámbitos muy diferentes por su dimensión, empezando por el de la civilización occidental misma. Pero su examen escapa en estos instantes a nuestra tarea, y sólo tendrá que rozarse en sus

/aspectos más

aspectos más gruesos y como referencia necesaria a lo señalado o implícito en las "propuestas" y trabajos que venimos analizando. Y aún en este caso como de soslayo, porque esos aspectos son de tal calibre que complican aún sin pretenderlo la totalidad cultural en que se integran.

La selección forzada desde la perspectiva de aquellos trabajos obliga a destacar preferentemente sólo dos: el de la crisis en la idea del desarrollo y el de la crisis de las concepciones vigentes de la organización internacional. Pero sin que en ningún caso quepa escamotear la referencia a la realidad social en que ambos se arraigan, en una palabra la de la denominada sociedad industrial.

Sin embargo, el intento de aislar este tema como objeto de una consideración detenida sería insensato, pues obligaría a posponer el examen de aquellos otros más concretos. Hemos de resignarnos a tratarlo de modo reflejo, atendiendo a lo que sobre él señalan ciertos momentos esenciales contenidos en la crisis de la idea del desarrollo. Nos basta con aclarar la razón en este instante de por qué este tipo de sociedad se maneja con frecuencia como un campo homogéneo de conocimiento, no obstante ser muy distintas las bases económicas en que se apoya. Algunos han acudido expresamente a la teoría de la convergencia, al dato curioso de que en movimientos contrarios acaben por tropezar con experiencias equivalentes, el hecho de que las economías socialistas hayan tenido que experimentar con el mecanismo del mercado, mientras que las capitalistas hayan adoptado o tiendan a adoptar alguna manera de planeación. Así formulada la teoría de la convergencia es demasiado superficial, porque caso de existir contiene otros ingredientes mucho más complejos. Pero aún los que aceptan en sus análisis críticos esa fórmula simplificada, sostienen sin embargo que son más importantes todavía las divergencias de su singular configuración histórica y los factores internos y externos que de modo distinto pueden condicionar la expansión o la supervivencia de ambos sistemas.

El adjetivo de consumista con el que se califica a la sociedad industrial del capitalismo no la distingue plenamente de la socialista en la medida en que se acentúan en ésta cada vez más tendencias hacia el consumismo. Tendríamos así otro argumento en favor de la mencionada

/convergencia, pero

convergencia, pero como un resultado de la madurez en el tiempo. Frente a esto no se percibe claramente que aquello que las une o torna en su fondo homogéneas no es el "consumismo" sino su contrario el "productivismo". Ambas sociedades reposan sobre sistemas con un mismo impulso fundamental, promover de manera constante la naturaleza expansiva de su producción. Al fin y al cabo sociedades las dos occidentales por estar sometidas de modo incondicionado a la más honda motivación de esa cultura en su forma moderna; al imperio de la voluntad de poder y de saber. Por eso la posición crítica más radical de nuestros días unifica a ambas sociedades por encontrarlas hermanadas por el mismo tipo de razón dominante: la puramente técnica o instrumental. Para sus representantes la sociedad industrial presenta idénticas contradicciones en el campo de la racionalidad y despierta frente a su dominio conatos semejantes de rechazo y de liberación. Pues en toda sociedad industrial la más amplia razón perceptiva - la que incita a la interacción personal, a la comunicación recíproca, soporte humano de otras instituciones - se ve suplantada casi en absoluto o con fuerza cada día mayor por las exigencias de dominio externo de la razón instrumental, aprisionándola en la jaula férrea de su propio sistema como sistema cerrado. La crítica de izquierda, neomarxista o neohegeliana, se concentra así sin distinciones en las mismas contradicciones y tensiones internas de la razón dominante. Desde perspectivas conservadoras la crítica de la sociedad industrial puede encubrirse o se encubre con términos distintos, pero remacha en el mismo problema cuando trata de destacar la extinción más o menos rápida o paulatina de lo comunal. El espíritu "comunitario" de los distintos grupos compuestos por hombres de carne y hueso en permanente comunicación, desintegrados progresivamente en los actuales "sistemas sociales secundarios" cada vez más extensos.

Lo que de esta manera se recoge de la reflexión crítica sobre la sociedad industrial en ceñida abreviatura lo veremos reaparecer aquí o allá en algunas de las propuestas de un nuevo orden económico internacional. Y el hecho de que en su fondo se trate siempre de una crítica de la dominación, explica la mezcla y yuxtaposición en esas propuestas - como ya se ha observado con agudeza - de una indistinta aspiración igualitaria tanto entre los Estados como en la estructura social de un país determinado.

1. Al disponernos ahora a un examen directo de esa misma meditación crítica en torno a la idea del desarrollo, nos daremos cuenta a medida que nos adentremos en ella de lo problemático que resulta nuestra posición de analista deseosos de no incurrir en repeticiones. En principio, la crítica a la idea del desarrollo pocas veces termina enfrentándose expresamente con la sociedad industrial en la que al cabo desemboca; ya que la idea del desarrollo continúa mostrando en toda ocasión el mismo afán productivista e idéntico impulso prometeico en los modelos históricos de sus respectivas sociedades. En consecuencia, la crítica a la idea del desarrollo se ha dado en la mayor parte de su recorrido dentro de un marco limitado, sin grandes vuelos teóricos o filosóficos, patentes por el contrario en la reflexión dirigida a la sociedad industrial. Ha sido más bien una crítica pragmática entre distintos expertos o entre éstos y las aspiraciones de los supuestos beneficiarios de sus metas. Y sin embargo o precisamente por ello, aunque la tinta gastada en la discusión fue abundante, el tema sin embargo dió muestras repetidas de mostrarse inasible. El desarrollo en sí tenía que ser esquivo y lleno de engaños al ser recortado o separado de la representación conjunta de la idea de sociedad a que puede conducir. Los distintos pasos de la crítica han sido en consecuencia de carácter ocasional sin mayor enlace con una visión de la totalidad. Sólo a posteriori puede lograrse hoy una reconstrucción de la misma, aunque no quepa intentarlo sin embargo en estos instantes de alcance descriptivo más limitado.

① El primer momento de la crítica se dió al negar la equivalencia entre crecimiento y desarrollo, mediante la construcción a veces de un maniqueo: la del economista sin más norte que la tasa de expansión dentro del sistema en que tenía que actuar. Es dudoso que esa figura se diera siempre así en los hechos; pero no es ilógica sino casi necesaria o natural su creación imaginativa. La pugna por mostrar que el desarrollo es cosa distinta del mero crecimiento fue la tarea de otros especialistas y políticos con una diferente orientación del conocimiento; sin que estos otros especialistas tuvieran por cierto que disentir en lo esencial con el colega economista en las características del tipo de sociedad que tenían presente.

La radicalización de esa actitud es sin embargo posterior y no es siempre clara ni consciente de la meta final. Por lo pronto en la primera fase polémica pareció ²ganar rápidamente terreno la perspectiva social, aunque sólo fuera al principio en la fórmula de compromiso de la unión copulativa. Desde entonces nadie trató de evitar que al adjetivo económico se uniera siempre el de social. A partir de esta vaga fórmula la polémica entre los expertos en contacto, nacionales o internacionales, consistió en apretar el cerco a esa unión aditiva, de modo de transformarla en un enlace sustancial; pero una vez iniciado el empuje del movimiento pendular ³acaba "lo social" por convertirse en punto de partida, con la pretensión de configurar por sí mismo la actividad económica; la planeación social apareció así como lo primario frente a lo económico, otorgando a uno u otro de sus indicadores el predominio sobre la cuantificación de los habituales signos monetarios. Entre ambos extremos, la mera yuxtaposición o la imposición rectora de sus metas por lo social, se desliza la discusión inacabada y aparentemente multiforme - por la variedad incesante en los términos empleados hacia la floración de las distintas "propuestas" de desarrollo: "equilibrado", "integral", "unificado", para terminar simplemente con el "otro" desarrollo, que encuentra en la "otroidad" la expresión más radical de la oposición. La crisis en la idea del desarrollo no se ha dado sin embargo en el campo abstracto de las elaboraciones conceptuales sino en el muy concreto de las experiencias prácticas, siendo las apoyaturas empíricas de esa crítica de muy distinto origen. En la actualidad circulan entremezcladas las siguientes tesis principales.

a) La crítica del crecimiento o del desarrollo económico y social desde el punto de vista del bienestar humano, con fundamentos morales de equidad o estrictamente técnicos de distribución. Y aunque se haya vivido como experiencia propia en los países menos favorecidos, no es sin embargo, de su exclusiva propiedad y en su análisis intelectual participaron y participan también personas pertenecientes a los grandes centros privilegiados. La desigualdad en la distribución de los frutos del crecimiento determina una doble estratificación: la que se forma en el seno de un país y la que aparece como jerarquía de potencia entre diversos países. Nada tiene de extraño que

/esa doble

esa doble consecuencia impulse a la pretensión de igualdad a confundir o presentar unidos campos distintos. La terminología que hace uso preferente del concepto o metáfora de la brecha, se aplica en ambos terrenos, pues ella existe lo mismo entre las capas sociales de un país que entre las potencialidades diversas - económica, política, militar y científica - de los diferentes países. Se ofrece de igual manera tanto una estratificación social como una estratificación internacional; y en consecuencia la voluntad o problema objetivo de acortar esa brecha se manifiesta semejante en los dos ámbitos. Aunque a veces parezca afirmarse, por la importancia de sus efectos, el predominio de la segunda sobre la primera (origen sin duda de algunas concepciones apocalípticas y totales).

Como es evidente la brecha social en los países de añeja industrialización es mucho menor, y de ellos provienen las teorías de que semejante aminoración efectiva de las distancias se daría lo mismo en otros lugares en el momento equivalente de su crecimiento. Por consiguiente, la brecha de la estratificación internacional tendería también a desaparecer. En la impaciencia histórica de los países económicamente tardíos los argumentos de experiencias distintas fueron perdiendo su atracción; entonces la crítica de la idea del desarrollo toma aspectos diferentes según se esté dentro o fuera del 'sistema'. Dentro del sistema el problema técnico y político radica en que se pueden dar circunstancias favorables y mecanismos efectivos para acelerar la aproximación distributiva, al menos al nivel de la existente en los centros desarrollados, y que asimismo se estreche en plazos razonables la distancia de riqueza y poder entre los diversos países. En uno y otro caso se trata de cómo hacerlo. Fuera del sistema, el corte radical se encuentra en la posibilidad de "otras" formas de desarrollo, que comiencen cabalmente por la base descuidada en los sistemas dominantes: la de la cobertura de las necesidades primarias y elementales de todos, empezando por las de los más necesitados.

b) La segunda postura crítica no carece de tonos morales, pero se apoya sobre todo en puntos de vista técnico-materiales. Lo que la obsede es la presencia del derroche, rozando por este ángulo la crítica generalizada de la sociedad industrial. La preocupación por el derroche es más visible

/en las

en las economías capitalistas, en donde la inducción al consumo superfluo parece mecanismo esencial. Pero cuando se tiene en cuenta el despilfarro originado por las exigencias de las políticas de potencia, no escapan tampoco las economías socialistas a la misma objeción. De ahí la insistencia por unas u otras críticas en el atroz desperdicio de los gastos en armamentos.

Pero en esta posición se tropieza con otro aspecto: el de la gravedad de la relación entre derroche y recursos. No se trata tan solo de una sociedad que somete a sus miembros al imperio de la pura razón instrumental contenida en el gasto superfluo, sino propiamente de un modo de vida que amenaza con extinguir los recursos no renovables, convirtiendo tales recursos en el objeto de una pugna geoeconómica, una de cuyas salidas puede ofrecerse trágicamente en la lucha por su acaparamiento y conquista. La imagen contrapuesta a la de una sociedad dilapidadora es la de una comunidad frugal, que comparte a través de cierto socialismo igualitario sus recursos más indispensables; por eso dentro de esta imagen se enfrentan a la par los dos lados de la brecha. Lo que no se sabe es hasta qué punto pueda lograrse este caso límite de la postura crítica comunal, casi anárquica en su utopía de pacífica convivencia.

c) La tercera posición crítica, la última en el tiempo y con escasos años de influencia, deriva en principio de factores externos al proceso socioeconómico y se debe a las contribuciones de los biólogos y otros científicos de la naturaleza. Como es comprensible los conocimientos en que se apoya vienen de tiempo atrás; la Ecología no es en absoluto una ciencia novísima, pero su aplicación al estudio de la acción destructiva del hombre de su propio medio ha sido lo suficientemente alarmante para que su mensaje conmoviera poderosamente a la opinión pública, muy en particular en los países industriales donde la percepción de ciertos efectos negativos y deteriorantes está al alcance de la experiencia cotidiana. La proclamada amenaza del deterioro ecológico justifica la conferencia de Estocolmo y da lugar a una nueva organización internacional. La posición del Tercer Mundo durante esa reunión y al margen de ella fue en principio de suspicacia, no faltando incluso la acusación rotunda de algunos adversarios que declaraban a este movimiento ecológico como una estrategia "divisionaria" para eludir

a su amparo el examen de las dificultades económicas y políticas más urgentes del día. Pero sin entrar en lo que pudiera haber de razonable en tales sospechas, el hecho de que ahora se tratara de predicciones científicas sobre procesos comunes a todos, más intensos tan solo en algunas partes que en otras, no podía escapar a la atención e interés general. Y por eso a partir de esas fechas se añade una dimensión más a las que ya eran usuales en las discusiones sobre el desarrollo y las sociedades industriales. El hecho del deterioro ecológico se pone en conexión con los de la brecha y los geoeconómicos de la explotación de recursos y guarda relación directa con las preocupaciones, también ahora emergentes, relativas a la calidad de la vida. La única cuestión que parecería quedar relativamente exenta era la de los derechos de la persona humana; sin embargo no fuera ilógico hacer uso de este nuevo contenido en algún alegato de impulso humanista.

2. A la indagación crítica sea del ideal del desarrollo o de la sociedad industrial se une también en estos años una reflexión enfocada sobre la configuración internacional en que vivimos. Los objetos principales de ese pensamiento no son tampoco originales de hoy y se examinaron en las abundantes polémicas en torno de la paz en los años inmediatos a las dos últimas guerras. Giran en torno del concepto de Estado soberano y al de la validez de la llamada política de seguridad que aquel involucra en las relaciones internacionales. Y aunque la experiencia vivida sobre los límites efectivos de la pretensión de soberanía ha sido cada vez más intensa y notoria, incluso para los estados más poderosos, el tema quedó adormecido durante el tiempo en que la contraposición de dos políticas de seguridad de Estados imperiosamente soberanos permitieron a los demás aceptar la ilusión engañosa de cierta apariencia de estabilidad. En estas circunstancias se vive y diluye a la par la paradoja de la aparición continua de nuevos Estados con idénticos atributos de soberanía, como consecuencia de las políticas de descolonización de otrora susceptibles potencias imperialistas.

Los internacionalistas suelen afirmar que el actual sistema de organización internacional deriva del que cristaliza en Westfalia (1648), aunque bien pudiera alargarse un siglo atrás, al momento por lo menos de /la formación

la formación de los grandes Estados Europeos. Sea de ello lo que fuere, se considera que a partir de aquella fecha la organización internacional mantiene la configuración que se le dá entonces como un conjunto de Estados soberanos en su dominio territorial, quienes aceptan ciertas normas de derecho público siempre que no afecten la capacidad de decidir en el campo de batalla cualquier conflicto difícil de solucionar por la vía pacífica de la diplomacia. Los frenos impuestos por este derecho internacional, nunca plenamente coactivo, fueron mayores o menores según momentos y circunstancias, pero sin que en ningún caso se pretendiese suprimir la ultima ratio reservada a la soberanía del Estado. Las limitaciones de hecho, esencialmente políticas, se consiguieron en el atinado logro de un equilibrio de poder gracias a un continuado juego de alianzas y contralianzas. Esa política de equilibrio mantenida con newtomiana precisión en las guerras dinásticas del siglo XVIII, se prolonga todavía con mayores dificultades de cálculo en los conflictos nacionales y trata de persistir en nuestros días en circunstancias técnicas y sociales por completo alteradas. La revolución en las comunicaciones que acortan las distancias físicas entre los países en formas antes inconcebibles, la obsolescencia rapidísima de las invenciones militares, y la recíproca interdependencia económica de los pueblos, convertidos ahora en primeras víctimas de las operaciones bélicas, hacen cada vez más penoso y catastrófico el viejo juego secular de las políticas de seguridad en torno a la idea de equilibrio, que tienen como su sujeto al Estado soberano. Pero la idea de soberanía persiste sumamente tenaz y apenas se dá Estado alguno capaz de renunciar a ella en forma total o parcial. Las experiencias de la actual vida histórica muestra a todos los Estados la fragilidad de hecho del viejo concepto incluso en el caso de las grandes potencias, por no recordar las muchas circunstancias de soberanías meramente nominales. Pero son precisamente los estados pequeños, más expuestos al peligro, los que parecen menos propensos a aceptar esa realidad e insisten en mantener su pretensión soberana como comprensible instrumento de protección y defensa. Los mayores problemas de nuestros días, predominantemente económicos aunque no sólo ellos, se encuentran fuera del campo de acción de la vieja política de seguridad. Pero ese tradicional paradigma

/sigue aferrado

sigue aferrado a la estrategia política de débiles y poderosos, no obstante las transformaciones antes impensables de las condiciones actuales del planeta tierra.

A la vista de estas mudanzas los estudiosos afirman que el viejo sistema de la organización internacional tiene sus días contados, sin poder asegurar sin embargo, cual será el que venga a sucederlo. Hacen valer sobre todo, en el camino de sus análisis, que ya no son los Estados soberanos los únicos actores de la vida internacional y señalan la amplia serie de los que han ido surgiendo en los últimos tiempos: las unidades funcionales de burocracia intergubernamental de un número mayor o menor de componentes, hasta alcanzar en su límite carácter universal; las unidades regionales en beneficio recíproco de sus Estados integrantes; y la actividad por último de diversos agentes transnacionales de los que las compañías de ese nombre representan uno solo de sus ejemplos, aunque sin duda entre los más importantes y citados.

La crisis de la organización internacional hasta ahora imperante se muestra así por un lado señalando su fracaso ante el conjunto de problemas de alcance universal que escapan a la acción soberana de uno o de algunos pocos Estados, y mostrando por otro la efectiva red de conexiones de toda índole que pasando a través de las diversas fronteras no respetan por ende el ámbito territorial, considerado como dominio absoluto y excluyente del viejo Estado. Por otra parte, los convencidos de que el sistema ya no funciona de hecho tratan de rastrear las variaciones que comienzan a manifestarse en su estructura, aunque no coincidan con las que consideran ideales o se tengan como preferidas. La preocupación por las formas en que pueda darse una nueva organización mundial ha sido cada vez más acentuada por la observación acuciosa de las direcciones cambiantes insinuadas por la 'detente', cuando se la piensa como un camino hacia la creación de las instituciones de una paz más estable. También aquí con urgencia temerosa, en plazos contados y breves, ante el fatal resultado que llevaría consigo su fracaso.

Este punto de vista es más englobante del que perfilan las simples propuestas de un nuevo orden económico internacional. Pues parece de

/suyo evidente

suyo evidente que no pueda intentarse y lograrse semejante ordenamiento si no está incluso y amparado por un orden universal de convivencia pacífica en todos los aspectos y terrenos.

Son tantos los agobios de la vida cotidiana y a corto plazo del hombre actual, que frente a sus muchos problemas económicos piensa en soluciones de ese carácter sin concebirlas al mismo tiempo como los instrumentos para alcanzar el nuevo nivel de paz del que forman parte y del que solo son un fragmento. Lo que no significa que la prioridad lógica del nuevo orden universal sea a su vez una prioridad de hecho hasta no darlo por perfecto y acabado. Pues las relaciones económicas del nuevo orden internacional tienen hoy tanta importancia que cualquier intento por adecuarlas a las condiciones actuales es una contribución positiva al establecimiento del orden universal que las abarca. Debe trabajarse en todo tiempo sobre distintos campos y con medios diversos pero sin olvidar nunca la meta suprema que desde cada uno de ellos se pugna: una nueva organización mundial de carácter estable que asiente las bases de una auténtica paz. Las mas de las 'propuestas' de nuestro tema apenas rozan la cuestión o dan al problema por supuesto y de ello deriva más que de otra cosa su talante utópico y la confusión en las alternativas que proponen. Por el contrario, todo nuevo meditador sobre la 'paz perpetua' que sea incapaz de comprender las conexiones económicas del mundo actual y de percatarse de la necesidad de deshacer sus fricciones, en cuanto amenazas permanentes para esa paz, daría ocasión, más grave aún que en el caso anterior, a lucubraciones puramente utópicas por ser en sí impensables como reales.

Reiteración de viejos problemas

El conjunto de ideas y proposiciones cristalizadas en las propuestas y proyectos objeto de este estudio y todos los de contenido análogo que se encuentran en los diversos trabajos en torno a las mismas cuestiones, sea cual sea su novedad, o al contrario sus tendencias homogéneas por ser el reflejo de la autoconciencia crítica de nuestros días, tiene que pasar por el tamiz de un reiterado repertorio de viejos temas con los que se /enfrenta el

enfrenta el pensamiento occidental desde hace muchos años. A veces se trata de aporías o problemas insolubles, en otras la solución siempre es provisional al no poder escapar de su naturaleza dialéctica. Semejantes problemas valen sólo en su constante aparición dentro de la cultura occidental. Y sin embargo se generalizan cada día más por causa de la penetración quizá irreversible de esta en el resto de las otras.

El hilo conductor de la reflexión crítica de nuestros días ya se definió antes como la reiterada pugna por escapar o limitar las distintas formas de coacción a que se ve sometido el individuo. En este sentido es una crítica del dominio, en sus diferentes manifestaciones en nuestra realidad. Esta lucha en sus configuraciones concretas, sea en las condiciones de la vida nacional o de la vida internacional, se mueve hoy entre los dos extremos que encuadran las soluciones tecnocráticas, implícitas en todo pensar positivista, y las salidas igualitarias y de participación que en defensa de la subjetividad sacrificada tantean las presentes tendencias "no objetivas" de la filosofía y de la teoría social antipositivista. Las "propuestas" de que nos venimos ocupando se encuentran involucradas, aún sin quererlo, en todas y cada una de las tensiones dilemáticas que a continuación se reseñan con la mayor brevedad.

a) En primer lugar, la antinomia presente en todo sistema económico entre las exigencias de la racionalidad formal y las de la racionalidad sustancial. Con este carácter aunque con otro término se formuló por Max Weber para el capitalismo, pero sin que exista duda alguna de que vale para cualquier otro "sistema" económico. El juego de las relaciones de mercado tiene una textura formal que se ofrece manifiesto en sus propias leyes; pero su puesta en marcha se debe a una situación de hecho por completo externa a él: la capacidad adquisitiva o poder de compra que en un momento y circunstancias dadas posea determinado círculo o grupos de hombres. El hecho de esa superposición es por sí mismo irracional y puede ser injusto, pero sin ella el sistema no funciona con arreglo a su propia legalidad. De acuerdo con el pensamiento clásico el funcionamiento del sistema tiende por sí mismo a mejorar la desigualdad en las posiciones originarias de punto de partida, aunque sea improbable que la misma desaparezca por entero.

Un acto político o revolucionario que sitúe en las bases del sistema una situación más igualitaria en el poder de compra no altera los principios formales de ese sistema en su propio funcionamiento. En cambio no es concebible una cobertura de necesidades orientada exclusivamente por juicios sustantivos de valor - éticos, estéticos, etc. - en la medida en que éstos no se traduzcan de alguna manera en relaciones cuantitativas, a la postre monetarias. Las medidas de valor sustantivo sólo permiten relaciones prioritarias de acuerdo con ellas, las cuales no tienen por que coincidir en principio con su significado económico. El sistema así implantado tiene que ir creando poco a poco sus propios mecanismos de racionalidad formal caso de pretender que como tal sistema de cobertura de necesidades pueda funcionar regularmente. En presencia de esta antinomia se creyó en principio irrealizable cualquier intento de planeación central socialista por razones de calculabilidad. Una estricta economía de guerra era posible durante cierto tiempo porque sus prioridades económicas venían impuestas extraeconómicamente por muy definidos objetivos militares; pero una economía de paz de larga duración parecía imposible sujeta tan solo a criterios semejantes. La historia posterior demuestra dos cosas. Que la falta de calculabilidad imputada a los sistemas socialistas y que había de llevarlos a su inmediata quiebra no era tan completa o absoluta como se creía; funcionaron por el contrario con mecanismos de naturaleza más o menos tosca - balances, etc. - que les permitió subsistir por largo tiempo. Pero no es menos evidente que todas ellas tuvieron que reintroducir en su sistema elementos de racionalidad formal de distinta amplitud. Mal defendidos a veces por sus sostenedores y peor interpretados aún por algunos críticos externos. De hecho ningún sistema socialista pudo mantenerse regido por puros principios éticos o de justicia social, por estrictos valores de racionalidad sustancial.

La existencia de la antinomia mencionada persiste naturalmente en nuestros días. Todo intento de corregir las desigualdades en la captación del excedente tiene que apelar a motivaciones no económicas para su concreción. Y las propuestas corrientes de un sistema o estilo de desarrollo regido por

/valores, cualquiera

valores, cualquiera que sea la atracción moral que ejerza, es en principio inconsciente de su carácter equívoco - no hay sistema económico que no esté vinculado por valores - o se encuentra inexorablemente aprisionado en todo intento de realización en la aporía o antinomia entre las racionalidades formal y sustancial. Que la historia humana quizá se beneficie a la larga de ese permanente tropiezo es harina de otro costal.

b) Como algunos otros he incurrido también en estampar la frase de que sería deseable un desarrollo para el hombre. Pero es necesario reconocer que semejante frase con carácter retórico de lema sólo es de contenido claro en la superficie. Lo que es peor, puestos a hacerla realmente inteligible nos expondría a un largo empleo de tiempo y de palabras y a clausurarnos sin remedio en recintos de elevada abstracción. Naturalmente toda actividad económica es algo realizado por el hombre y tiene a ese mismo hombre como su propio término. Pero frente a la manera como se dió concretamente en la historia puede uno encontrarse con serias sorpresas, las cuales sólo podrían entenderse luego de agrupar semejantes actividades en el concepto de sistema; en cuanto tal sistema sólo persiguió en efecto valores económicos, aunque en ocasiones tales valores se mostraran orientados y al servicio de otros fines de muy diverso contenido. El sistema económico se inordinaba en otros sistemas más amplios, sociales, religiosos, estéticos, etc. La mutación que aportó el despliegue de la modernidad occidental consistió en haber independizado en cierto momento a ese sistema de todos los demás, cualquiera que sean sus explicaciones históricas. Y una vez independizado de esa manera no sólo tendió a gobernarse exclusivamente con arreglo a su propia legalidad sino a extenderla a su vez a otros ámbitos que le eran en principio ajenos. La historia ha sido narrada de modo expreso en relación con el capitalismo; siempre naturalmente que el historiador se preguntara por la singularidad específica del capitalismo moderno en la historia occidental. Y la respuesta es la misma cualquiera que sean los aciertos conceptuales para expresarlo: el sistema económico fue tomando cada vez más un carácter autónomo dentro del todo social. Alguien trató de explicarlo como la secularización creciente de un tipo de acción que fue en sus orígenes una conducta mantenida por el dictado de una ética religiosa;

/otros acudieron

otros acudieron a describirlo como el resultado de una racionalidad parcial, desconectada y fragmentaria, en contradicción creciente con la racionalidad del todo. La sumisión a esa racionalidad parecía por otra parte enajenante para el ser humano desposeído así de su personalidad plena.

La reiterada reafirmación contemporánea de la idea del crecimiento ponía al desnudo la perseverante concepción del sistema económico como separado e independiente de todo orden superior. Y ahora no sólo en su forma capitalista sino en toda otra que hiciera asimismo de la producción su propósito exclusivo. Visto desde una unidad productiva cualquiera su crecimiento no era otra cosa que su propia expansión indefinida; el excedente logrado en un momento productivo tenía que aplicarse de inmediato para aumentar los rendimientos posteriores del instante siguiente. La independencia del sistema cerrado era la forma que tomaba este movimiento circular de la continua aplicación del excedente en persecución de otros nuevos, superiores en lo posible. El sistema se bastaba a sí mismo al no obedecer a otro principio que al de su propia expansión; la producción al servicio de sí misma tendía a la reiteración de un movimiento indefinido sea en el mercado o en conexión indirecta con él. El sistema económico como dinámico círculo hermético expresa un afán de producción por la producción misma. El cuestionamiento contemporáneo de esa autonomía es lo que surge en las diversas manifestaciones de la reflexión crítica, tanto respecto del capitalismo como sobre el socialismo de tipo soviético. Y aparece manifiesto por lo tanto de diversas maneras. Pero todas consisten en negarse a aceptar las consecuencias que ha tenido para la vida humana esa acelerada independización del sistema económico frente a otros sistemas o subsistemas sociales. Las expresiones contestarias son confusas y a veces un tanto ingenuas o utópicas en las propuestas de reforma. Y lo que se postula a veces como sociedad "postindustrial" olvida a su costa no pocas exigencias de la racionalidad general de la cultura que no pueden arrumbarse sin peligro de catástrofe. Sin embargo, el planteamiento de la reflexión crítica de nuestros días está muy lejos de ser falso o incorrecto y ha ido avanzando poco a poco.

/Toda la

Toda la polémica en torno a la idea del desarrollo como algo distinto del puro crecimiento, la aceptación generalizada de sus fines sociales, la lucha metafórica entre sus distintos indicadores, son clara expresión de un mismo estado de conciencia. El sistema económico como sistema cerrado sin otros valores que los de su propia expansión es inaceptable para todas aquellas aspiraciones más elevadas de la vida humana, que no pueden colmar los puros resultados productivos. Pero en esta encrucijada de una toma de conciencia las propuestas intelectuales suelen ser torpes frente a las vivencias que tratan de expresar. Desarrollo orientado por valores? "Otro" desarrollo distinto del conocido? Desarrollo para el hombre? Lo que en todas ellas no se expresa con igual claridad intelectual es la protesta contra la autonomía del sistema económico, el cual simple componente del sistema social en su conjunto tiene que someterse de nuevo a la regulación de valores superiores a los puramente económicos. Se requiere subordinarlo de nuevo a las normas que rigen otras instituciones soporte de una más directa comunicación humana. Cómo realizarlo? Sólo tenemos en realidad balbuceantes tanteos.

c) Pues las pretensiones originadas en nuestros días como reflejo de una dolorida autoconciencia moral en favor de los aspectos subjetivos de la existencia humana, tienen que someterse a su vez a una seria criba de alternativas y dilemas difícilmente armonizables en el campo socioeconómico. El afán emancipador de los individuos conscientes de su mayor edad, su deseo por trabarse libremente en comunidades basadas en el diálogo y el contacto interpersonal, tropieza con las cristalizaciones del secular proceso de racionalización en la cultura de occidente. Caso singular de la tragedia personal que impone toda cultura ya hecha a los impulsos de creación espontánea de los individuos. Hace más de medio siglo que Max Weber veía en la burocratización creciente y extensiva la más grave amenaza para el hombre libre, sin tener la fé de Marx en los efectos de una mutación histórica emancipadora. De entonces a acá el contenido científico de cualquier actividad político-económica agravó el anterior impulso compulsivo que la tecnocracia encierra aún con mayor vigor. El

/ensueño otrora

ensueño otrora de la gradual sustitución de la administración de las cosas por el dominio del hombre sobre el hombre, fue tomando realidad tangible lo mismo frente al intelectual de izquierda como el de derecha y a la postre con idéntico pavor. La "futilidad" de la acción política sería el resultado de que sus decisiones más importantes vendrían impuestas de esa manera por la naturaleza misma de las cosas, por las leyes que rigen tal coseidad en sus tendencias y combinaciones. Todos los movimientos cuestionantes y de protesta de nuestra época se oponen de una u otra forma al "predominio tecnocrático", y se esfuerzan por lograr en su contra el 'predominio participatorio'. Nuevas comunidades de gestión autónoma basadas en la experiencia personal y la comunicación recíproca. Puestos en esa ruta no puede extrañar la floración de aspiraciones anarquistas radicalmente ajenas al mundo cosificado en que brotan. Conscientes por eso algunos de su improbabilidad se limitan a declarar un "extremo rechazo". La racionalidad creciente de la vida, su penetración por la ciencia en sus más heterogéneos e insospechados aspectos hacen cada día más difícil detener su marcha a través de sus objetivaciones impersonales. Los "sistemas secundarios" que orientan la vida social se reducen así al coordinado engranaje de una serie de normas técnicas, como las que rigen la circulación vial de vehículos. Pero frente a ellas la subjetividad asfixiada de la existencia personal se subleva una y otra vez.

Las propuestas para un nuevo orden económico no pueden eludir encontrarse insertas en el continuo que transcurre entre el puro predominio tecnocrático y el puro predominio participatorio y no pueden extrañarnos por eso sus numerosas vacilaciones. Si algunas de las fallas de nuestra civilización tienen un carácter tecnológico, se espera su superación naturalmente de la invención de nuevas técnicas. No está la quiebra del Estado soberano en su incapacidad técnica ante nuevos problemas de carácter universal? Un Estado Mundial estaría quizá a tono de esos problemas; pero enseguida horroriza la inescapable compulsión tecnológica y política que habría que aceptar. Las burocracias nacionales tienen que operar conjuntamente en ciertos campos comunes, lo que resulta en una institución internacional con una burocracia cada vez más numerosa y más alejada del

/cliente. Las

cliente. Las 'contraculturas' que aparecen y desaparecen sin dejar más rastro que el de su entusiasmo son, mientras subsisten, parasitarias del mundo técnico que detestan. Y por eso los más conscientes defensores de los movimientos comunales, deseosos de escapar a la regulación mecánica de los "sistemas secundarios" les aconsejan la necesidad de que sepan crear a tiempo las "técnicas" necesarias para subsistir y defenderse. En el fondo del "otro" desarrollo está la fé en la capacidad de creación espontánea de la comunidad local o profesional, es decir, la de sus elementos auténticamente populares. Pero la imagen de un desarrollo sólo animado por ellos, autosustentado y con plena confianza en su propia tarea, olvida por un momento la presencia de la burocracia necesaria siempre reptante, únicamente contenida por el retorno a la inspiración originaria gracias a una revolución cultural. Pero, qué es lo que está por detrás de semejante revolución? La imposición desnuda de una verdad tenida por absoluta.

d) La crítica filosófica de nuestro tiempo, de distintos orígenes y diferentes tendencias, pone una vez más al descubierto el drama de la cultural occidental, que quizá como se teme no pueda resolver por sí misma. La modernidad típica constituye el triunfo del más estrecho lazo entre la voluntad y el saber. La voluntad imperiosa realiza lo que un saber científico cada vez más amplio indica. Necesita ante sus problemas ofrecer "soluciones" en que se muestren claramente ponderadas la relación de medios y fines. Y no parece marchar sin ese tipo de soluciones; pero las mismas suelen estar viciadas al no contener otra clase de componentes. Se trata de una visión parcial de la Razón, la puramente instrumental, que sin embargo, se impone con esa parcialidad por todas partes. Las exigencias humanas que no entran en ese cuadro quedan desconocidas o aceptadas por supuestas en su invariabilidad. Las necesidades morales y estéticas del individuo, sus apetencias afectivas la calidad y dignidad propias de una vida humana, el anhelo de permanente comunicación no entran en la perspectiva de una razón instrumental. La Razón envolvente que se despliega en la historia, la Razón perceptiva del distinto sentido de las dimensiones humanas, las Ideas orientadoras de cualquier empresa del hombre, han sido cada vez más puestas de lado

/por la

por la Razón técnica e instrumental. La conciencia de una época crítica como la nuestra se rebela contra las suplantaciones de la razón instrumental y trata de despertar la asistencia de la gran Razón Ilustrada, que hizo del hombre un adulto responsable en la formación de su personalidad.

La "malaise" de nuestros días en sus protestas negativas y en sus posiciones positivas de nuevas propuestas de futuro - sean o no puramente económicas - consiste en el palpo oscuro de lo que el pensamiento crítico trata de llevar a claridad conceptual. Sin el aplomo derivado de esa claridad el cuadro de proyectos y soluciones de salvación tiene que mostrarse confuso y contradictorio.

/II. TENDENCIAS

II. TENDENCIAS IDEOLÓGICAS DE LAS DISTINTAS PROPUESTAS

Ante el acopio de escritos que de modo exclusivo o parcial tienen por objeto la propuesta de un nuevo orden económico del mundo se nos impone al enfrentarlo una serie de tareas preliminares. La primera consiste en una selección de ciertos tipos representativos, ya que varios abordan los mismos temas sin muchas diferencias en el modo de tratarlos, lo que haría de esa suerte reiterativa su consideración singularizada.

Cuestiones previas

Pero de mayor interés que este primer paso es el que nos exige ordenarlos o clasificarlos con algún sentido. La conciencia metodológica que por lo general acompaña a todo trabajo de intención científica, inclinaría a buscar esa ordenación de acuerdo con los distintos métodos empleados, cosa que no siempre se muestra clara de modo explícito o es difícil de deducir de lo que a menudo es una mera yuxtaposición de varias contribuciones. Podría separarse en principio esos escritos según su empleo de métodos empíricos descriptivos o de métodos expresamente normativos. Pero ya en los primeros se manifiesta cierta ambigüedad. Pues no siempre es fácil aclarar si los métodos empíricos descriptivos no contienen elementos prescriptivos, capaces de expresarse en la fórmula de la proposición científica: dados a, b, c, los efectos son en consecuencia x y z. Los métodos normativos empíricos toman en ocasiones el carácter de un planteamiento necesario deducido de un análisis econométrico, mientras que en otras se postula simplemente lo que debería hacerse; pero en ambos casos dentro de un campo limitado de fenómenos y sin que las proposiciones de uno y otro tipo se encuentren claramente diferenciadas entre sí. Otros estudios no menos empírico-normativos, dado su carácter global, se esfuerzan por no perder de vista la necesaria coordinación. Por último, determinado estudio empírico normativo se ofrece fundamentalmente como una propuesta de reconstrucción casi completa de la realidad económica actual. Basta lo indicado para justificar la renuncia a la consideración metodológica, de no estar aconsejada asimismo por el carácter por lo común poco atractivo de esta clase de análisis,

/que en

que en algún punto sería además imposible por falta de competencia.

Por otra parte, desde el punto de vista de un esquemático enjuiciamiento práctico parecería más útil tratar de perfilar la distinción entre los mencionados escritos por el sentido de su orientación ideológica. Desde esta perspectiva más que interesarnos por el cómo de su construcción, nos preocupan las maneras de su aplicación efectiva. Quién es el que está implícitamente pensando como su agente o agentes? Y en cada caso cómo pueden llevarse a cabo?

① Sin embargo, antes de iniciar esta tarea convendría apuntar ciertas consideraciones generales válidas para todos los tipos. Hay por lo pronto que insistir de nuevo en algo antes indicado. Toda propuesta de un nuevo orden económico internacional debería tener presente que no se hace en el vacío, es decir que el aspecto económico ha de integrarse en un orden superior que no es otro que del sistema mundial mismo. En las condiciones efectivas del actual sistema económico, "propuestas" parciales en sí mismas sólidas y sugestivas no sólo deben conciliarse con otras del mismo carácter, sino encajar unas y otras conjuntamente en las posibilidades reales del orden global que las abarca. Lo que no significa por eso condenarlas de antemano, porque el perfeccionamiento de una estructura o mecanismo económicos puede contribuir por sí mismo en el caso de su logro a una más perfecta ordenación del sistema internacional. Es decir, su proyecto no está obligado a contar como ya organizado previamente con un sistema pacífico mundial más perfecto. Por el hecho sin embargo de que ese sistema está constituido todavía por relaciones efectivas de poder, cualquier ensayo de modificación del orden económico que no las tenga en cuenta tal y como actualmente se ofrecen se expone a incurrir en ilusiones utópicas. A la inversa, las "propuestas" cuyo objeto es la superación de las fricciones presentes del sistema internacional y el establecimiento de un orden mundial más estable y equitativo no pueden dejar al margen de sus peculiares problemas políticos, y sin tomarla en consideración, la gravitación actual de las actividades económicas en la prosecución de sus metas globales. Un nuevo orden mundial incluye por supuesto necesariamente un nuevo ordenamiento económico, pero la organización económica mundial mejor concebida no lleva

/consigo necesariamente

consigo necesariamente que sólo por ese medio se modifiquen las relaciones de potencia y se consiga al cabo una convivencia pacífica universal y perdurable.

2) Con relación al significado general de la mayoría de las 'propuestas' hay que anotar también ciertas limitaciones en su alcance. Y esto porque excluyen por lo común de su preocupación manifiesta las posibilidades de una conflagración mundial: dan por supuesto como inexistentes sus peligros y lo mismo respecto de la mayor o menor efectividad de la amenaza del colapso ecológico. Aún en el caso en que se abogue por la eliminación de la guerra y se mantenga la necesidad de apresurar enérgicamente el desarme, subrayando sobre todo sus repercusiones económicas, se parte de proposiciones de buena voluntad, sea la eliminación de las armas estratégicas, el desarme en general, o la declaración mutua de renuncia a todo armamento, que las deja sin embargo expuestas a que pueda dárseles vuelta en su propio contexto con las utopías negativas que a su vez encierran y que justifican la posición escéptica de más de algún buen conocedor. En definitiva tales escritos no vacilan en dar otra vez la voz de alarma, pero sin ponerse a indagar a fondo todo lo que una reorganización del sistema internacional lleva consigo.

Ni que decir que la mayoría de tales propuestas tienen que ser vagas en principio, por su carencia de concreción suficiente, lo que obligaría a examinarlas en todo caso desde las circunstancias singulares de cada región o país.

3) Todas ellas mantienen declarada o subyacente una orientación futuroológica; pero sin que la marcha hacia ese futuro contenga una predeterminada seriación temporal; además dentro de la homogeneidad de semejante proyección prospectiva son muy diversas en la fijación de metas y medidas. Muy en particular en los ensayos de aproximación en el tiempo, que requieren siempre tanto la fijación de las etapas previsibles como de los precisos momentos de transición entre las que puedan señalarse.

Las propuestas que sin duda ofrecen un "modelo", cualquiera que sea su validez, no determinan con alguna exactitud las condiciones necesarias para llevarlo a cabo - por quién y en qué circunstancias - ni menos plantean /las estrategias

las estrategias que debieran adelantarse para vencer las resistencias de toda clase que el intento de su establecimiento habrá de provocar.

Las propuestas en consideración se refieren todas naturalmente a la estructura económica, pero suelen destacar cada una de ellas problemas o aspectos distintos de la misma. Se subraya por algunas el problema de la brecha o distancia de riqueza existente entre diversos países y regiones, y como cuestión paralela y condicionante la lejanía no menor que se ofrece en la acumulación científica y en la capacidad técnica; esa brecha tecnológica que suele acompañar a la primera, dada por la tasa del ingreso bruto o per cápita. Otras ponen de relieve el problema geoeconómico que presentan los recursos y su desigual distribución. Pero, por lo común, no se proponen transformaciones en el sistema económico como tal o se pasa de largo sobre el problema político respecto de los agentes o fuerzas capaces de llevar a cabo esa mudanza. A veces aparece la posición ingenua de creer que basta mostrar lo que sería preferible para que se realice por sí mismo por el hecho de serlo. En las más de estas "utopías concretas", como alguien ha observado 4/ se carece de precisión respecto al deus ex machina capaz de encarnarlas en la realidad.

Hace algún tiempo que en un estudio acerca de las formas de racionalización implícitas en ciertas direcciones planificadoras, pudieron perfilarse los tipos ideales de sus tendencias extremas: la planeación tecnocrática, la burocrática y la democrática. Trasladado hoy el interés de conocimiento del plano del Estado nacional - acotado así estrictamente en sus factores de poder y decisión - al nivel de la ordenación internacional - se piense o no planificable - en donde las relaciones de poder son más difusas, más conflictivas sin duda y menos manejables, nos encontramos sin embargo con construcciones paralelas, con reediciones de aquellos tipos ya conocidos, aunque necesariamente de perfiles menos puros por lo que tienen de mezclas y combinaciones.

Esto significa que si se atiende a las orientaciones ideológicas de las distintas propuestas no pueda extrañar que en alguna predomine la concepción tecnocrática mientras que en otras se acentúan las preferencias burocráticas y aún las notoriamente democráticas, con sus aspiraciones de base marcadamente populares.

4/ Marshall Wolfe, ob.cit.

La visión cibernética

La visión tecnocrática alcanza su más clara y plena expresión en las sucesivas propuestas del Club de Roma. No precisa narrar de nuevo lo que ha significado la tarea de este grupo de eminentes empresarios, ingenieros, economistas y científicos en la formación de una conciencia alarmada acerca del futuro económico, en la medida en que fue el primero en situar sobre el tapete la conveniencia y posibilidad de poner límites al crecimiento. Huelga también insistir en la punzante ironía de que tan dramático tema se plantease por avezados hombres de empresa de entre los países más industriales; distintos representantes de la vieja y nueva izquierda trataron quizá por eso de poner en guardia ante lo que pudiera ser una estrategia de distracción frente a los problemas estructurales del neocapitalismo o un grito de alerta dirigido a los poderosos para que mantuvieran vivos sus instintos predatorios.

Sea de esto lo que fuere, la Sociología del conocimiento nos ha enseñado a distinguir en cualquier caso el contenido válido de una proposición del condicionamiento histórico-social de su génesis y por eso lo que ahora más nos interesa es cabalmente la validez de las proposiciones enunciadas y la forma en que se presentan.

Las tareas del Club de Roma se han llevado a cabo como sus mismos miembros lo anunciaron, en diversas fases. Y las críticas a que dieron ocasión los distintos estudios preparados para sus informes son de tal naturaleza técnica que escapan por completo a los profanos. No afectan sin embargo a las notas o aspectos que en este instante nos importan.

No podrían faltar como en todos los demás escritos de resonancia apocalíptica los momentos de solemne y sombría advertencia. "El tiempo disponible para enmendar los rumbos que llevan a la catástrofe es muy limitado y si no se emprenden acciones razonables para impedirlo, acciones al alcance todavía de una sociedad con suficientes capacidades", no tendríamos otra alternativa según Peccei que una dictadura mundial de tipo hitleriano, o el retroceso a una estructura parecida a la medieval. No se omite por tanto la pulsión milenarista, revestida sin embargo del más riguroso ropaje científico.

/Tampoco se

Tampoco se prescinde asimismo de una última reflexión de naturaleza filosófica - tal como circula más o menos embozada por otras de las propuestas consideradas - que lleva hasta pedir la aparición de un hombre nuevo. Aparte y más allá de toda certeza científica "el desarrollo del hombre es la clave de nuestro futuro, los cambios que requieren su formación no son otros que los de una verdadera revolución humana" (Peccei 1976). Una reiteración en definitiva de lo que constituyó el último contenido de fé de la Ilustración. En qué forma llevar a cabo esa revolución? Por la ciencia misma? Por la persecución de objetivos morales claramente formulados? La tercera sesión de la reunión de abril de 1976 estaba destinada a fijar "los fines u objetivos supremos y más amplios, tal como en forma provisional contemplan en su meditación grupos escogidos de hombres de distintas regiones de planeta".

En sus primeros empeños se encontró el Club de Roma con la obra ya realizada por el especialista de sistemas I.W. Forrester,^{5/} un modelo del sistema mundial (World 2.) elaborado a base de unas pocas variables básicas apoyadas en una estructura de 45 ecuaciones. Forrester había insistido en la superioridad matemática del ordenador frente a la limitación del lenguaje corriente. Acaso en la modelación del hombre nuevo?

Sobre la obra de Forrester, es decir, perfeccionando su modelo, publica D.N.Meadows su famoso libro Los límites del crecimiento,^{6/} que entregaba en el título mismo el sentido de su mensaje urbi et orbe. Bien fácil de formular por otra parte en la síntesis de su contenido. El futuro del mundo se presenta en extremo oscuro pues de continuar las cosas como están, los límites al crecimiento económico en el planeta se alcanzarían dentro de los próximos diez años. Esta nueva advertencia milenarista se basa en un sistema mundial que reelabora el de Forrester, con las mismas variables básicas pero con una estructura más amplia en las ecuaciones de apoyo.

^{5/} World Dynamics, Cambridge, Mass., Wright-Allen Press, 1971.

^{6/} México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

/Contiene asimismo

Contiene asimismo el correspondiente cuadro en que se traza la evolución previsible caso de permanecer intacta o como hasta ahora la evolución de las distintas variables y en donde el punto final del colapso corre a cargo de los recursos no renovables. Desde un punto de vista metodológico parece que nos encontramos hasta el momento con un método empírico puramente descriptivo; se describe el proceso de un sistema en su presunta marcha sin interferencias. Sin embargo, el método aunque sin proposiciones explícitas de ese carácter se ofrece de pronto prescriptivo, es decir, cuando se señalan ciertos puntos de inflexión en que aparecen exponentes negativos en determinadas variables mientras las demás continúan en su dirección con exponentes positivos; ese sería el momento en que se "prescribe" la necesidad de interferir técnicamente con ciertos frenos, de modo que el colapso previsto se transforme en un equilibrio global.

Las críticas a esta construcción se ofrecen en distintos planos metodológicos; en el aspecto matemático cabe reiterar como siempre la persistente cuestión de si el tipo de matemática empleada coincide o no con la ontología de la realidad; quizá sea dudoso, por ejemplo, que el concepto de crecimiento exponencial pueda valer fuera del ámbito estricto del pensar matemático. Se ofrecen además otros aspectos referidos a la tecnología que han parecido igualmente problemáticos. Pero estas cuestiones caen fuera de nuestra competencia y en nada afectan sin embargo al curso de nuestra reflexión. Basta con referirnos, sin pretender enjuiciamiento alguno, a las conocidas críticas del grupo de Sussex. Por otra parte, la objeción reiterada al carácter exclusivamente global del modelo, al hecho de que no se tomaran en cuenta las grandes diferencias entre unas y otras regiones y países de la tierra, fue prontamente anulada por los inspiradores del Club de Roma, al auspiciar la aparición de la obra de Mihaylo Mesarovic y Eduardo Pestel titulada La Humanidad en la Encrucijada. Segundo Informe al Club de Roma. 7/ En ella el modelo anterior

7/ México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

aparece formulado teniendo presente la distinta situación de diez regiones marcadamente diferentes.

Obviemos de nuevo las dificultades de un enfrentamiento metodológico fuera de nuestro alcance; otros lo harán o lo habrán ya hecho. Lo que ahora nos importa, como se indicó, es el alcance ideológico de las soluciones propuestas. Primero, su significación tecnocrática y, segundo, la escapatoria realizada ante los dilemas del crecimiento gracias al concepto de la "planeación orgánica".

A tenor de lo declarado por Peccei,^{8/} lo que urge a la sociedad contemporánea es "la posibilidad de situar sus procesos de decisión en el grado más alto de racionalidad y eficacia". Nuevos métodos e instrumentos en la orientación y control de su acción; lo cual es posible desde luego, si puede al contar con una "base común de investigación y razonamiento"; una base que se ofrece por el momento merced a una serie de nuevas técnicas de análisis con las que operar con ordenadores.

En efecto, el esfuerzo conjunto de Mesarovic y Pestel ha consistido "en poner las bases de las estrategias que pudieran concebirse para orientar el desarrollo del mundo dentro de sus nuevas condiciones". Lo que se propone es "la construcción de un instrumento de planificación que pueda usarse para la captación práctica y comprensiva de las alternativas estratégicas requeridas para el desarrollo global en el más largo plazo posible". Se tienen en cuenta las diversas regiones del mundo, al par que se logra un sistema jerárquico que abarca las relaciones recíprocas de los fenómenos que estudian diversas disciplinas.

Las distintas teorías sobre un propuesto crecimiento cero pierden ahora su anterior justificación. Pues las diferentes "regiones" se encuentran en grados diversos de desarrollo y no puede señalarse una sola meta para todas ellas. Lo que se requiere es un "crecimiento orgánico", estimulándolo de modo distinto en las diferentes partes de la tierra, una tarea que exige sin duda una "cooperación global". Ante

^{8/} Sesión 2a. de la Reunión de Philadelphia, 1976.

la proposición antes citada de Peccei podía uno preguntarse cuál era y donde se daba la sociedad concreta urgida de mayores niveles de eficiencia. Qué sectores tomarían el papel rector como agentes de semejante acción? Ahora, ante la idea de la cooperación global la pregunta es cómo conseguirla de hecho?

Lo que se nos ofrece es un 'sistema' que funciona en cuanto tal con supuesta precisión cibernética y un 'instrumento ordenador' preparado para responder a las preguntas adecuadas. De quién? De una reducida pero eficaz tecnocracia internacional? De un poder político previamente convenido de la validez científica del sistema? Qué potencias cabría suponer capaces de aceptar las eventuales respuestas conflictivas en algún punto clave de la "cooperación global" demandada por el "desarrollo orgánico?"

Coincide la estructura real en todos sus datos con el sistema construido? Las estrategias aconsejables teóricamente podrían llevarse a cabo sin el tropiezo de numerosos obstáculos y resistencias? Supuesta la plena validez teórica del "sistema mundial" matemáticamente elaborado, qué hacer con todos aquellos factores no menos reales pero que son inaccesibles a la misma exactitud matemática? La visión cibernética subyacente en semejantes propuestas les presta sin embargo un carácter utópico por haber dejado de lado las relaciones de poder efectivas; ofrecen en consecuencia escasas esperanzas a una colaboración fundamentalmente ilusionada. No en balde invocaba Peccei una completa transformación del hombre.

La posición que se acaba de examinar es predominantemente tecnocrática, pero contiene por añadidura aspectos burocráticos y democráticos incluso, apenas perfilados en sus detalles. En el fondo, sin embargo, supone el imperio de una certeza o verdad, descubierta científicamente una vez por todas que solo reclama su indiscutible cumplimiento. Todo lo demás vendrá de por sí.

/La visión

La visión burocrática-institucional

Cosa distinta ocurre con aquellas proposiciones normativas que acentúan su carácter predominantemente burocrático, aunque no falte en alguna además el apoyo del análisis científico en la forma de un ejercicio econométrico.

Es comprensible que los proyectos que aspiran a la instauración de un nuevo orden económico mundial tengan que presentarse con semejante carácter normativo. Diseñan en efecto lo que debe ser un futuro más o menos próximo; pero se ofrecen de hecho como una yuxtaposición de determinados objetivos en unos y otros campos, sin que semejante agregado aparezca mantenido por un principio metodológico con validez para todos ellos. Tendría que abrirse aquí un largo y penoso paréntesis polémico sobre las posibilidades de una ciencia social normativa, con referencia inexcusable a la discusión ofrecida hace pocos años en círculos académicos alemanes. Una penosa discusión, a nuestro juicio poco convincente, que por lo demás se evita aquí por razón de su complejidad y no en méritos de mi predisposición negativa.

Lo esencial de estas propuestas normativas no es que carezcan de fundamentos empíricos, sino la distinta orientación de las estimativas que contienen. Pues en efecto, tales propuestas se dan a veces dentro del sistema económico vigente, sin reflexión alguna positiva o crítica acerca de su naturaleza, o postulan por el contrario su negación en forma casi completa. En ambos casos sin embargo se cuenta como soporte de la planeación requerida con un aparato burocrático más o menos delimitado. A parte de esas diversas posiciones de valor se subrayan también aspectos distintos del proceso económico; destacando unas veces los geoeconómicos junto al de la brecha y centrando otros en este sólo fenómeno su predominante interés, es decir, en el de una distribución más equitativa.

/a) El

a) El informe RIO 9/ vale como ejemplo del primer tipo. Tinbergen, su inspirador, ya había adelantado años antes que lo que importaba era una planeación activa, creadora de futuro, mucho más que la acumulación de proyecciones del pasado por bien hechas que pudieran estar.

En este informe no podían menos de aparecer asimismo las circunstancias adversas en que nos sitúan los variados aspectos de la crisis contemporánea, que "como una gigantesca marea amenaza con sumergirnos a todos por igual"; y también, como en las admoniciones de R. Dumont en su nervioso libro L'Utopie ou la Morte, 10/ se inculpa a los más ricos y poderosos por su horror a toda iniciativa de cambio. El punto de vista global queda manifiesto una vez más y se coincide - con muchos otros pensadores - en el juicio adverso sobre la soberanía nacional. Pero una vez aceptado el sistema se insiste en que en el conflicto norte-sur, a las naciones pobres no les conviene dañar el crecimiento de las más ricas, de no querer malograr sus propias probabilidades de una negociación oportuna. Y aunque como en otros casos se tenga presente al Estado mismo como al agente de la organización propuesta, se apela también al peso de la opinión pública, alertada oportunamente por los círculos de expertos y de experimentados concededores.

Se trata por separado en un capítulo de la reducción de los armamentos poniendo de relieve su enorme carga económica; pero el problema de la guerra se dá por descartado o se le pone piadosamente entre paréntesis, declarándose con cierta aparente ingenuidad la creencia de que los cambios técnicos considerados necesarios puedan llevarse a cabo sin intervención de revolución alguna, sea en el plano nacional como en el internacional. En este sentido se considera conveniente la formación de "coaliciones de fuerzas" que puedan dar origen a una nueva estructura

9/ Reviewing the International Order (RIO), Interim Report, del 1975, Rotterdam, 1975.

10/ Editions du Seuil, Paris, 1973.

de poder, pero para lograrlo se confía sobre todo en la capacidad de una opinión pública bien informada. Un "diálogo permanente" entre políticos y expertos y no menos entre hombres de ciencia y el público en general.

Respecto al problema de la brecha, examinado en sus alternativas posibles mediante un ejercicio o investigación econométrica, se postula su gradual y paulatina reducción a la ratio moderada 3:1, - la que existe entre los países mejor y peor dotados de la Comunidad Económica Europea -, pero se concluye con la proposición moralmente intachable de que la transferencia de recursos de los países ricos a los pobres no debe atenerse a la generosidad de los primeros, siempre tacaña, sino a la existencia de determinadas necesidades internacionalmente reconocidas.

Las cuestiones geoeconómicas, recursos, energía, fondos marinos, transferencias tecnológicas, etc., tienen todas una salida más o menos semejante; la creación de las correspondientes Autoridades Internacionales, nacidas por acuerdo de los diversos Estados interesados, pero sostenidas de hecho por la existencia de las respectivas burocracias intergubernamentales ya sean creadoras o inertes, Mutatis mutandis esto vale para todos los problemas fundamentales, es decir, la solución institucional por medio de la debida negociación, como en el caso del establecimiento de programas mundiales de desarrollo que puedan constituir las bases de políticas coherentes en las diversas naciones.

Nada se opone al intento de una u otra de las referidas propuestas; quizá exista incluso el deber de apoyarlas, siempre que se mantenga la conciencia ahora de que en definitiva se trata de una visión burocrática que tiene como soporte la voluntad de un conjunto de Estados cuya soberanía ilimitada se puso precisamente en entredicho en las mismas páginas del estudio. Qué razones permiten contar con la buena voluntad de tales Estados? Cómo y en qué forma esperar la desaparición de los conflictos de interés que los obligan todavía a mantener como ultima ratio la expectativa de la violencia? En qué forma poner en marcha esa buena voluntad de la opinión pública aún dentro de una misma nación y cuál pudiera ser el talante de los líderes intelectuales capaces de dirigirla? Si por un lado está la

/inexorable tecnocracia

inexorable tecnocracia se encuentra por otro la sobreestimada autoridad de una inteligencia socialmente independiente ("freischwebende"), es decir de supuestos grupos de intelectuales no comprometidos.

b) El ejemplo de una propuesta de carácter normativo que pone en duda el sistema vigente y que propone la instauración de otro fundamentalmente diferente es el Informe Dag Hammarskjöld 1975, 11/ cuyos autores no se declaran neutros sino plenamente comprometidos con el punto de vista que mantienen. Como en el caso de otras propuestas tampoco nos interesa entrar aquí en el examen detenido de sus distintas proposiciones. Nos importa tan sólo consignar con la mayor claridad la naturaleza de su objetivo y el carácter de su instrumentación. Pues también esta última es en el terreno de los medios de una patente inclinación burocrática.

Carece de cualquier peso sobre su validez el hecho de que las condiciones sociales de su génesis tengan como campo de experiencia decisiva la situación real del denominado tercer mundo. Lo que interesa ahora es el sentido de su principal proposición, la cual responde notoriamente a un principio de justicia o valor material, que por eso mismo se enfrenta a los mecanismos de racionalidad instrumental que dominan los sistemas vigentes. El proceso de desarrollo tiene como meta suprema la emancipación de los desposeídos de la tierra, en el doble sentido expresado por cierta crítica filosófica contemporánea. Pues si por un lado se trata de la emancipación material que postula con la eliminación completa de la miseria la cobertura primaria de las necesidades fundamentales, significa por otro la emancipación espiritual es decir la liberación respecto de las estructuras de poder dominantes, nacionales e internacionales. La crítica del dominio en el campo internacional tiene su origen en la posición subordinada, de facto hasta ahora, de los países del tercer mundo; la idea de autodependencia espontánea es la rotunda negación expresa de las usuales relaciones de poder entre grandes y pequeños, entre pobres y ricos. Pero esa misma idea de autodependencia significa en lo interno la decisión de no querer contar sino con las propias fuerzas, tal como se presumen espontáneos en todas y cada una de las tareas "comunitarias".

11/ Qué Hacer, Development Dialogue N° 1/2, 1975.

Lejos de toda posición polémica fuera del caso, el contenido del documento es una diáfana expresión del momento en que la reflexión crítica de una época sobre si misma, frente a las compulsiones de la racionalidad objetiva y objetivada de una sociedad, erige su protesta angustiada en defensa de las aspiraciones creadoras de la subjetividad, de la persona, de continuo amenazadas. Un hálito comunal se extiende por todas y cada una de sus propuestas, que ya en su límite encarnan las aspiraciones redivivas del anarquismo clásico. Anarquismo en la convivencia de los distintos grupos de base; anarquismo en la voluntad de armonía de los grandes países para encontrar de buen grado la fórmula de la cooperación mundial. Principios de una ética tan elevada que apenas cabe pensar en hombre alguno con pretensiones de justo que se atreva a renegar de esos valores comunales, tantas veces históricamente vulnerados. Sin embargo, como todo otro principio justo lleva consigo su propia ambigüedad - el deslizamiento hacia el peligro de la hybris - manifiesta en el instante mismo en que por su exageración extrema provoca la negación de la negación. Quizá iniciado aún antes, como se insinuó, en sus mecanismos instrumentales.

La onda que exalta la autodependencia y la confianza exclusiva en las propias fuerzas, de las bases populares sobre todo, no es sólo la culminación de cierta crítica intelectual sino el resultado también de una única experiencia histórica en esa vía, la de la revolución china. En el campo histórico caben sin embargo recordar reflexivamente las muy singulares condiciones en que ésta se dió, haciendo que su segregación temporal del resto del mundo pudiera sostenerse largos años en tan amplio espacio geográfico. El retorno a la inspiración comunal ha tenido que llevarse a cabo revolucionariamente en varias ocasiones y, más que de modo espontáneo, por la acción de un cuadro de poder de enérgica coherencia. Nada impide repetir lo que alguna vez se dió históricamente, aunque exista la sospecha que aún en los casos más favorables no se cubran punto por punto modelo y repetición. Sea de esto lo que fuese, lo que importa en este instante es la instrumentación del modelo. Queda por lo pronto excluida la posibilidad de la catástrofe nuclear, o del caso menos extremo de que

/ciertas potencias

ciertas potencias frente a reclamaciones excesivas o impacientes de otros más débiles se dispongan a mantener sus intereses mediante el empleo de medios bélicos convencionales. En toda indagación futuroológica el estudio del momento de transición es precisamente el más grave y decisivo. Pero también aquí todas las medidas instrumentales que junto a las de justicia distributiva interna pretenden una efectiva paz internacional entre iguales, descansan en la capacidad y buena disposición de Estados soberanos para entrar en negociaciones de recíproco beneficio, contando además con la existencia de una opinión pública bien instruida y con que se otorgue a cualquiera de sus individuos un "derecho último de apelación". De nuevo los principios morales imperando sobre los conflictos de interés; en su término tenemos casi necesariamente la presencia de una autoridad mundial que administre el patrimonio común de la "Humanidad", algo demasiado abstracto como siempre frente a las necesidades y sufrimientos del hombre de carne y hueso. Mantengamos ante toda utopía una actitud de respeto, pero sólo, claro es, como imagen ideal. En la dura práctica, en el tránsito hacia el mundo proyectado como posible a partir del actual, si los pasos necesarios no se enlazan a las resistencias más probables, si no se mide la relación precisa en cada caso distinta entre lo deseable y lo posible sólo cabe descansar a la postre en la entrega a un gran armazón burocrático por donde penetre de nuevo, a expensas de la subjetividad espontánea y creadora, la férrea textura de la razón instrumental y técnica con su prueba convincente - en nuestra civilización - de lo eficaz.

La visión política

Las propuestas y proyectos examinados hasta ahora se caracterizan por haber fijado su propósito en la creación de un nuevo orden económico mundial, dando por supuesto que aquel otro superior y más abarcante en que el primero se incluye no es dable pretenderlo al mismo tiempo, que en todo caso, habrá de alcanzarse por añadidura. Siendo, como son, estudios empíricos normativos, con ineludibles insinuaciones de prospectiva, ni la estimación es plenamente global ni la orientación por el futuro logra

/perfiles relativamente

perfiles relativamente precisos. Es posible discurrir sobre un supuesto orden económico mundial con rasgos diferentes a los actuales sin meditar sobre la ordenación de la totalidad política en que habrá de insertarse? Una y otra vez se han hecho alusiones a la misma falla.

Era razonable esperar que una orientación de sentido inverso no tardara en presentarse; esto es lo que los autores del World Order Model Project se proponen llevar a cabo. No pudiéndonos sorprender por eso que semejante intento se haya dado entre juristas interesados ante todo en el conocimiento del sistema internacional, pero suficientemente informados por otra parte en cuestiones económicas y sociales.

La labor del grupo componente del WOMP se distribuye ya en varios volúmenes y otras contribuciones de menor extensión. Conviene sin embargo al interés y brevedad de estas páginas tomar como tipo el libro de Richard A. Falk titulado A Study of Future Worlds,^{12/} en méritos de su capacidad de síntesis, de su variada información y por una orientación normativa que traduce en esencia la del hombre occidental. Tal como se procedió antes sólo cabe atenerse a los rasgos más salientes y de mayor relación con lo que ya ha sido anotado. Se subraya por consiguiente: su inclinación por la estimativa, el reconocimiento explícito de su carácter utópico, y su marcado propósito de perfilar los problemas de la transición en forma muy próxima a lo que podría ser una auténtica sociología proyectiva.

Comencemos ante todo por señalar como notoriamente política la orientación ideológica de semejante proyecto frente a las tendencias burocráticas y tecnocráticas de los demás examinados. Al menos, claro es, como tipo ideal y método de análisis, ya que también concluye a pesar de sus numerosas reservas en una inevitable apoteosis organizativa y por tanto burocrática. De todos los proyectos en circulación se trata de uno cuyo tema y último objetivo se centra en la busca de una paz universal orgánicamente estabilizada. Dicho de otro modo: su fundamental y primer

^{12/} The Free Press, 1975.

propósito es la eliminación o atenuación de la violencia colectiva en gran escala. O si se quiere: la supresión de las meras relaciones de poder en los contactos internacionales, sea en la cúspide más peligrosa de los antagonismos nucleares bien en los campos más restringidos de las guerras locales con armamento convencional. Mientras subsista la violencia institucionalizada no sólo en la capacidad militar de las grandes potencias sino en otras de menor dimensión, cualquiera otra forma de ella podría aventurar sus propias razones de justificación, aunque sigan pareciendo inaceptables. En definitiva, sin la eliminación de la violencia en los enfrentamientos de poderío entre los Estados, grandes o pequeños, no podrá darse la perduración de un nuevo orden económico internacional que necesita de la garantía asegurada de una paz estable.

Pero siendo primario el valor de la paz en un ordo oecuménico no valdría éste por sí mismo si no se realizan conjuntamente otros igualmente indispensables: el mayor bienestar económico y social, el pleno ejercicio de los derechos humanos, sociales y políticos, fundamento de la sociedad civil, y el mantenimiento por último de una relación entre el hombre y la naturaleza capaz de conservar en beneficio de todos el equilibrio ecológico de la tierra y aunque el segundo de los valores mencionados está implicado en el sistema económico, la paz mundial por la que se lucha sería puro fracaso de no acompañarse conscientemente de un arreglo asimismo global de las actividades económicas; es decir, sin una ordenación del sistema económico mundial que le impida continuar siendo un factor permanente de penosos conflictos y sufrimientos.

Más que en cualquier otro de los proyectos antes discutidos se reconoce en éste abiertamente su intención utópica. Pues lo que se busca es la utopía declarada de un mundo "preferido"; sin embargo, se trata de una utopía "relevante", es decir, de una construcción realizable dentro de las tendencias que ya se insinúan en la realidad. Pueden ser muchos los mundos preferidos pero sólo algunos merecen considerarse como aspiraciones utópicas alcanzables dentro de las condiciones que nos son conocidas. Por lo tanto, el intento de conseguir el mundo "preferido"

/sólo es

sólo es posible si en cada caso se ofrecen relaciones de posibilidad objetiva entre las tendencias reales y las medidas propuestas.

El mundo preferido de las propuestas WOMP no es otro que aquél que ha acompañado como pretensión immanente a nuestra civilización, por recalcitrantes y graves que hayan sido las ocasiones de su fracaso. Se parte además de la convicción de la lentitud del proceso histórico y del convencimiento de que la encarnación en él de un valor determinado no asegura el cumplimiento simultáneo de los demás. Supuesto, por ejemplo, un mundo por entero pacificado no hay seguridad alguna de que no exista en él la más extrema desigualdad política, ni de que en un país con el máximo de ingreso per capita dejen de darse intolerables distancias económicas, lesiones frecuentes de la ciudadanía política y la ausencia de todo respecto a los límites que preservan la degradación del medio natural; y así sucesivamente partiendo de uno u otro de los valores proclamados.

Como en todas las utopías - declaradas o nó - de nuestro tiempo también el proyecto WOMP no puede escapar a la tentación milenarista y advierte por ende de los peligros de una catástrofe final de no emprenderse a tiempo por los hombres más responsables las medidas todavía posibles.

A diferencia de otros proyectos se insiste sin embargo en WOMP en la importancia del momento de transición de una a otra en la serie de esas medidas, a partir del instante en que se reconoce como inviable la perduración de la estructura westfaliana en las relaciones internacionales. Estas se analizan con cierto cuidado tanto en las configuraciones actuales como en sus posibles transformaciones, que no siempre tendrán que coincidir con las del mundo "preferido". Sin embargo, el análisis de las tendencias efectivas podría valer como un primer ejemplo en la actualidad de lo que sería una sociología prospectiva orientada por la categoría de la posibilidad objetiva y sus condiciones causales. El estudio de los momentos de transición es ya un ensayo en este sentido.

Por esta razón la significación mayor de este proyecto (WOMP) reside en haber planteado claramente el condicionamiento decisivo de las relaciones

/efectivas de

efectivas de poder y la dirección de sus configuraciones concretas en un momento dado, sea como situación de hecho o como tendencia. Pero aparte de las grandes y pequeñas potencias se tienen también en cuenta a otros actores internacionales como son las instituciones internacionales, las comunidades con conciencia política de carácter regional, las diversas actividades de los agentes transnacionales y el influjo de una opinión pública internacional ilustrada.

En este sentido, la participación y el influjo de todos estos actores no se dá desde luego en un mismo tiempo, lo que obliga a precisar las tres fases de transición más probables; dicho en sus propios términos, la era de la toma de conciencia, la era de la movilización y la era por último de la transformación, con sus distintos valores y actores predominantes. Esto obliga a tener en cuenta la adecuación temporal de los distintos pasos de la transición, aunque sigan gravitando los elementos utópicos. La creación de un nuevo orden económico internacional no puede menos de sujetarse al tempo de la reforma entera del ordenamiento global. Cuando a veces se trata de un paso vacilante en su transitoriedad no puede valer como plenamente satisfactorio, aunque a veces convenga sostenerlo; tal como en el caso de la 'detente' sostenía C.F. von Weizsaker la conveniencia de "apoyarla con todos los medios a nuestro alcance, aunque al hacerlo estemos conscientes de sostener falsas estructuras, capaces de impedir a la larga la paz definitiva. Debemos sin embargo prestar ese apoyo porque de otra suerte el riesgo de una nueva guerra entre las grandes potencias es demasiado grande". 13/

13/C.F. von Weizsaker, "A Skeptical Contribution", en Mendlovitz, On the Creation of a Just World Order, 1974, p.148.